



"EL DESQUITE":

## Una Estética Avasalladora

Otra vez el talento de Andrés Pérez pone de manifiesto lo que puede llegar a suceder cuando las palabras se transforman en acción sobre el escenario. "El desquite", una historia emblemática, cobra en el teatro una dimensión estética integradora de todo un fenómeno sentimental, social e histórico.

Se ha señalado que esta obra póstuma de Roberto Parra se acerca más a la escritura dramática de lo que fue "La negra Ester", algo discutible puesto que el texto de "El desquite" es, por sobre todo, una narración dialogada, con escasas marcas escenográficas y con un relato extenso que presenta varios problemas en los tiempos y en los cambios de espacio, lo que dificulta su estructura como drama.

No obstante, "El desquite" contiene temas, personajes y episodios que recogen aspectos básicos de la tradición de todo un continente. Desde la idiosincrasia del mundo campesino, las costumbres y creencias, los tipos masculinos y femeninos, las jerarquías de poder, incluyendo los vicios, centrados aquí en la relación de Don Pablo, dueño de fundo, y las mujeres que trabajan para él.

La historia de la Anita y la Zunilda, ambas empleadas de la casa, convertidas en amantes del patrón, corresponde a un esquema social afianzado en Hispanoamérica, no sólo como fenómeno rural, sino expandido también al contexto urbano.

La literatura hispanoamericana ha sido un importante exponente de la problematización de estas historias y en Chile, con mayor o menor intensidad, novelas como "Gran señor y rajadiblos" de Eduardo Barrios, "Este domingo" de José Donoso, "La casa de los espíritus" de Isabel Allende, entre muchas otras, han tratado estos temas de inagotable reflexión.

La puesta en escena de "El desquite", en términos globales, significa un reencuentro con un mundo ancestral, devuelto a través de un espectáculo cargado de rutinas, conversaciones, ruidos, penas, conflictos y alegrías que desembocan en una forma de vivir criolla sustentada en la contradicción de los sentimientos, con el quiebre y la catástrofe general.

La configuración de este universo pasa por todos los elementos del espectáculo, comenzando por el espacio nuevo (la casa del jefe de estación) que "El desquite" inaugura. Se trata de una sala rectangular, utilizada a lo ancho, y por tanto con una escenografía cuya dimensión se adecua a esas características y es parte sustantiva de un recinto múltiple: la casa de campo, la cantina, el dormitorio, el baño, la galería, la entrada y el gallinero.



Maria Izquierdo, Boris Quercia y Willy Semler, tres de los protagonistas de "El desquite", de Roberto Parra, y dirección de Andrés Pérez.

Sin recurrir al realismo, Juan Carlos Castillo construye un ambiente atiborrado de muebles, objetos, materiales, indumentarias, decorados, utensilios domésticos, niveles, colores y texturas, armando una instalación que invade la historia en todo momento, llenándola de significados.

Lo mismo ocurre con la música de Mario Rojas, elemento que ocupa un lugar aun antes de comenzar la obra y que la recorre, la protagoniza, la apaga y la enciende. No sólo hay instrumentos, hay canciones y bailes, e incluso la repetición de alguna letra tiente al mismo público desde su puesto, aunque tímidamente, a tararear un poco.

El vestuario de Maya Mora es una creación particular, con soluciones que van más allá de lo costumbrista e impregna cada personalidad, apoyada igualmente por el maquillaje y la iluminación de Luis Reinoso, otra instancia que explora muchas maneras de producir luz y oscuridad.

Andrés Pérez ha sabido teatralizar cada una de las incontables escenas de esta larga historia, sacando la grandeza y el humor de las situaciones más cotidianas, más tristes, más sentimentales y más lamentables. A pesar de que muchos de los juegos escénicos se exceden, que más de un momento se repite, que las escenas de amor se

desgastan y que la segunda parte se debilita antes del final, el todo sigue un camino altamente creativo, en el sentido estético, en la actuación y en la forma de solucionar los obstáculos narrativos.

De las escenas más geniales podemos citar el sugerente comienzo de la historia, la primera visita al pueblo, la secuencia de la muerte de doña Lucía, el relato del "desquite" hecho por Guillermito, la expulsión de Anita de la casa, y muchos otros instantes donde los siete actores a cargo de los 16 personajes optimizan sus potenciales histrionicos, produciendo un trabajo minucioso en detalles, color y poesía.

Destacan de manera especial Willy Semler por la contención y contradicción de su personaje don Pablo; María Izquierdo por el despliegue de emociones de sus dos personajes femeninos; y Daniel Muñoz por su capacidad demostrada en lo propio de cada uno de los cuatro roles que desempeña.

En medio del desborde teatral, en "El desquite" somos testigos y participantes de amor que nos sumerge en los sentimientos más encontrados y nos presenta un espacio perdido y latente, habitado y recreado con el arte de Andrés Pérez y de los integrantes del grupo "El sombrero verde".

Carola Oyarzún L.